

Petróleo blanco

Por la transición energética que todos los países deben realizar para enfrentar la crisis climática, es seguro que a medida que avance el siglo se reducirá considerablemente la minería de sustancias como petróleo y carbón. Pero eso no significa el fin de toda actividad extractivista. Las fuentes alternativas de energía no se alimentan, como las actuales, de combustibles fósiles, pero requieren otros minerales que deben ser sacados del suelo. La disponibilidad de esas materias primas influenciará la geopolítica del siglo XXI. Y una de las principales está concentrada en América Latina.

‘Oro blanco’ o ‘petróleo blanco’: así se conoce al litio, un mineral esencial para fabricar las baterías que potencian los dispositivos indispensables de la vida moderna. Esas baterías, en versión mayor, almacenan también la electricidad que se produce del viento y el sol. Sin ellas, las energías renovables no serían alternativas viables a las fuentes tradicionales. Mientras no existan mejores tecnologías de alma-

cenamiento, por tanto, no es exagerado afirmar que el futuro energético del planeta depende de este mineral. Sus mayores reservas están en Bolivia, seguida de Argentina y Chile. México y Perú también cuentan con yacimientos importantes.

Sin embargo, no olvidemos que ganarse la lotería minero-energética no siempre es una bendición. Como toda actividad extractiva, la minería de litio tiene impactos ambientales que haya que mitigar. La prosperidad extractivista puede sumir a un país en una “enfermedad holandesa” que perjudica el resto de su canasta exportable. Y cuando las bonanzas coinciden con gobiernos populistas, como ocurrió en la Venezuela de Chávez, sirven de combustible para dañinas aventuras políticas.

No por nada se habla de la ‘maldición de los recursos naturales’. Del buen uso que hagan del ‘petróleo blanco’ los gobiernos de la región dependerá que el litio energice al continente, en lugar de dejarlo sin baterías.